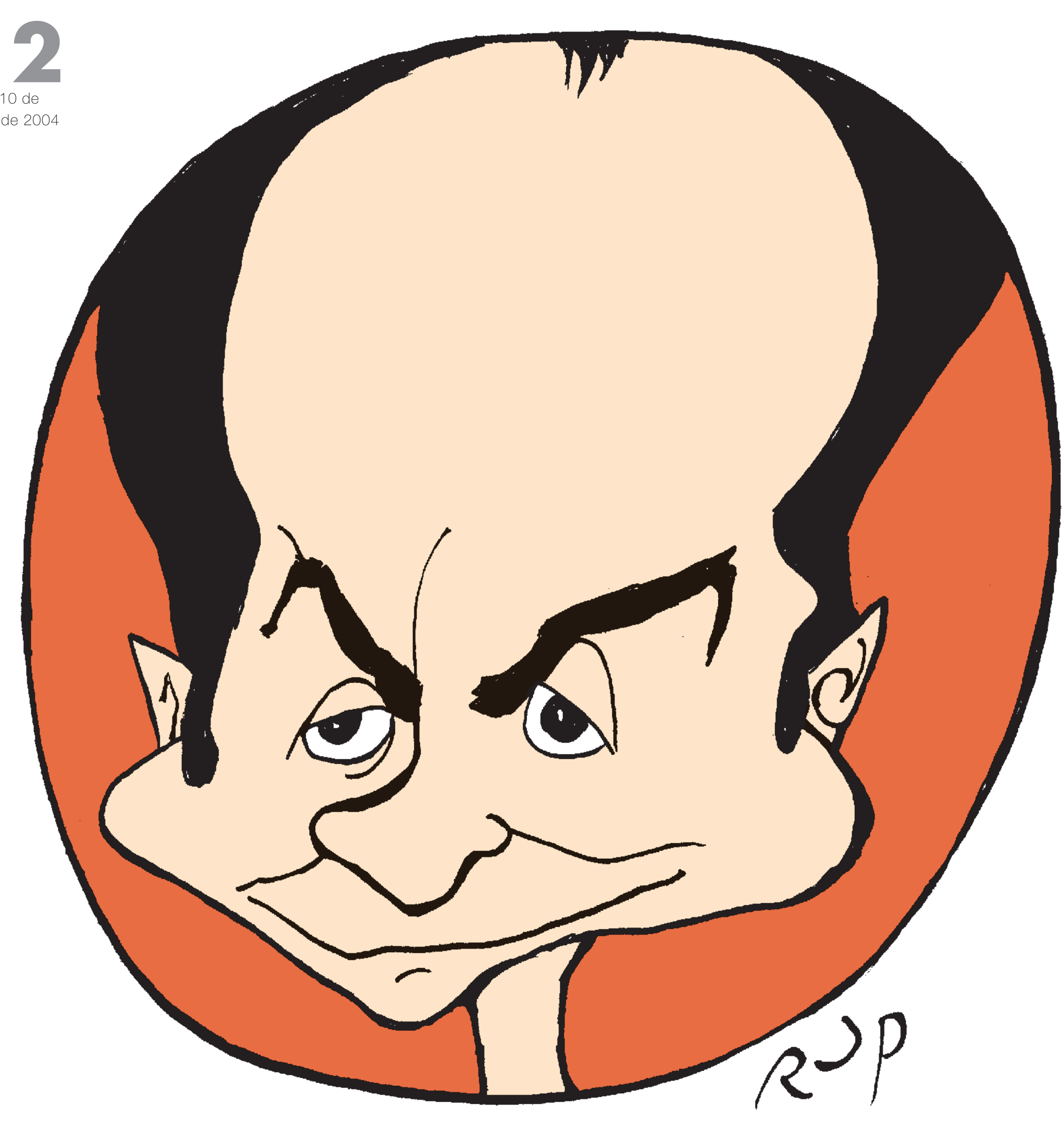


ITALO CALVINO

por William Weaver
y Damien Pettigrew, **1983**

Tras la publicación de su primera novela, Calvino hizo varios intentos de escribir una segunda, pero sólo fue en 1952, cinco años más tarde, cuando publicó una novela breve, *El vizconde demediado*. Patrocinada por Elio Vittorini y publicada dentro de una serie de libros de nuevos escritores llamada *I gettoni*, la obra fue inmediatamente alabada por los críticos, aunque el alejamiento de Calvino del estilo más realista de su primera novela le valió las críticas del partido, al que renunció en 1956, cuando la Unión Soviética invadió Hungría.

En 1956, Calvino publicó una colección seminal de cuentos folklóricos italianos. El año siguiente apareció *El barón rampante*, y en 1959 *El caballero inexistente*. Estos dos relatos, junto con *El vizconde demediado*, han sido reunidos en el volumen *Los antepasados*. En 1965 publicó *Las cosmicómicas*, y en 1979 apareció su novela (o antinovela) *Si una noche de invierno un viajero*. Las últimas obras publicadas durante su vida fueron *Palomar* (una novela), y *Amores difíciles* (1984), una colección de relatos.

Calvino murió el 19 de septiembre de 1985, en un hospital de Siena, trece días después de haber sufrido un ataque.

Me encontré por primera vez con Calvino en una librería de Roma, en algún momento de la primavera de 1965... y la imagen que tengo de ese encuentro es que los dos teníamos puestos trajes livianos. Yo había estado viviendo en Roma durante más de una década. Calvino había regresado a la ciudad poco tiempo atrás, después de una larga permanencia en París. Me preguntó abruptamente –no era un hombre afecto a los circunloquios innecesarios– si querría traducir su último libro, *Las cosmicómicas*. Aunque yo no lo había leído, inmediatamente le dije que sí. Me llevé un ejemplar de la librería y convinimos encontrarnos pocos días después.

El vivía con su familia en un pequeño departamento, recientemente modernizado, en la zona medieval de la ciudad, cerca del Tíber. Como todas las casas de Calvino que conocería más tarde, el departamento daba la impresión de estar escasamente amueblado; recuerdo las desnudas paredes blancas, los ambientes inundados de sol. Hablamos del libro, que yo había leído en el ínterin. Me enteré de que ya había probado –y rechazado– a un traductor al inglés, y quise conocer el motivo de ese rechazo de mi colega. Indiscretamente, Calvino me mostró la correspondencia. Uno de los relatos del libro se llamaba “Sin colores”. (“Senza colori”). En un exceso de errónea originalidad, el traductor había titulado el relato “En blanco y negro”. La carta de rechazo de Calvino señalaba que el blanco y el negro son colores. Yo estuve de acuerdo.

Mi primera traducción de Calvino tuvo una historia difícil. El editor norteamericano que la encargó cambió de empleo justo en el momento en que yo estaba terminando el trabajo y –obedeciendo mi desafortunado consejo– Calvino lo siguió a su nueva empresa. Pero después el editor se suicidó, la nueva empresa rechazó *Las cosmicómicas*, y como no podíamos volver a la editorial anterior, el libro quedó a la deriva. Fue rechazado por otros editores, hasta que Helen Wolff, de Harcourt Brace Jovanovich, lo aceptó, iniciando así la larga asociación de Calvino con ese sello editorial. El libro tuvo excelentes reseñas críticas (y un comentario feroz de, como era predecible, el primer traductor), y ganó el premio nacional como traducción.

Desde 1966 hasta el momento de la muerte de Calvino, prácticamente no hubo un tiempo en el que yo no estuviera traduciendo (o supuestamente a punto de traducir) alguna de sus obras. A veces solía llamarme para pedirme que tradujera unas pocas páginas de texto a toda velocidad, una declaración que tenía que hacer para un programa de la televisión canadiense o alguna pequeña introducción a un libro sobre conductos. Adoraba las tareas extrañas: su fabuloso *El Castillo de los destinos cruzados* (1969) nació como un comentario sobre un mazo de cartas de tarot del Renacimiento.

En el caso de Calvino, había que pesar cada palabra. Yo vacilaba durante minutos ante la palabra más simple, *bello* (bello) o *cattivo* (malo). Había que probar cada palabra. Cuando estaba traduciendo *Las ciudades invisibles*, mis invitados de fin de semana, en el campo, estaban obligados a escuchar una o dos ciudades, leídas en voz alta.

Los escritores no siempre aprecian a sus traductores, y ocasionalmente tuve la sensación de que Calvino hubiera preferido traducir sus libros él mismo. En años siguientes, le gustaba ver las pruebas de galera de la traducción, y solía hacer cambios... con su inglés. Los cambios no eran necesariamente correcciones de la traducción; con mayor frecuencia eran revisiones, alteraciones de su propio texto. El inglés de Calvino era más teórico que idiomático. También tenía una tendencia a enamorarse de las palabras extranjeras. En la traducción de *Palomar*, se hechizó con la palabra *feedback*. No dejaba de insertarla en el texto, y yo no dejaba de quitarla, con mucho tacto. No podía hacerle entender que, al igual que *charisma*, *input* y *bottom line*, *feedback*, por bella que sonara a un oído italiano, no era un término apropiado para una obra literaria en lengua inglesa.

Una tarde de agosto de 1982, fui en auto hasta la casa de verano de Calvino... una villa moderna y espaciosa situada en un aislado complejo residencial en la costa del mar toscano, al norte de Grosseto. Después de saludarnos, nos sentamos en unas grandes y cómodas sillas en la terraza amplia y sombreada. No se veía el mar, pero uno podía sentirlo en el aire penetrante, aromatizado por los pinos.

Calvino no era un hombre locuaz, y tampoco particularmente sociable. Tendía a ver a los mismos viejos amigos, algunos de ellos compañeros de Einaudi. Aunque los dos nos conocíamos desde veinte años atrás, habíamos ido a la casa del otro y habíamos trabajado juntos, nunca fuimos confidentes. Por cierto, hasta principios de la década de 1980, nos dirigíamos uno a otro usando el formal *lei*; yo lo llamaba signor Calvino y él me llamaba Weaver, ignorando que yo odiaba que me llamaran por el apellido porque eso me recordaba la mala época de la escuela preparatoria. Incluso cuando ya nos llamábamos por el nombre, siempre que me llamaba por teléfono yo podía percibir una pausa antes de su “¿Bill?”. Se moría por llamarme Weaver, como antes.

No quiero dar la impresión de que no pudiera mostrarse amistoso. Junto con sus silencios, recuerdo su risa, con frecuencia provocada por algo que había ocurrido mientras trabajábamos. Y recuerdo un regalo que me hizo, una elegante publicación sobre una pintura recientemente restaurada de Lorenzo Lotto (1480-1556), un San Jerónimo. Adentro, Calvino escribió: “Para Bill, el traductor como santo”. Sin embargo, cuando lo pienso retrospectivamente, siempre me siento un poco intruso.

ITALO CALVINO

Pensamientos antes de una entrevista

Cada mañana me digo a mí mismo: hoy tiene que ser un día productivo, y después ocurre algo que me impide escribir. Hoy... ¿qué es lo que tengo que hacer hoy? Oh, sí, se supone que van a venir a entrevistarme. Tengo miedo de que mi novela no avance ni un paso. Siempre ocurre algo. Cada mañana ya sé que podré desperdiciar todo el día. Siempre hay algo que hacer: ir al banco, al correo, pagar cuentas... siempre tengo que arreglar alguna maraña burocrática. Mientras salgo, hago recados tales como las compras diarias: pan, carne o fruta. Lo primero que compro son los periódicos... y una vez que uno los ha comprado, empieza a leerlos en cuanto vuelve a casa o, al menos, mira los titulares para convencerse de que no hay nada que valga la pena leer. Cada día me digo a mí mismo que leer los periódicos es desperdiciar el tiempo, pero después... no puedo vivir sin ellos. Son como una droga. En resumen, recién a la tarde me siento ante mi escritorio, que está siempre tapado de cartas que han estado esperando respuesta no sé desde cuándo, y ése es otro obstáculo que debe ser superado.

Finalmente me pongo a escribir, y entonces empiezan los verdaderos problemas. Si empiezo algo de la nada, ése es el momento más difícil, pero aun cuando se trata de algo que he empezado el día anterior, siempre llego a una *impasse* donde aparece un nuevo obstáculo que hay que superar. Y sólo al caer la tarde empiezo finalmente a escribir oraciones, corregirlas, cubrirlas de borrones, llenarlas de cláusulas incidentales y reescribirlas. En ese momento exacto por lo general suena el teléfono o el timbre, y llega algún amigo, traductor o entrevistador. Y hablando de eso... esta tarde... los entrevistadores... No sé si tendré tiempo de prepararme. Podría intentar improvisar, pero creo que es necesario preparar una entrevista por anticipado para que suene espontánea. Rara vez un entrevistador formula preguntas que uno no espera. Me han hecho un montón de entrevistas y he llegado a la conclusión de que las preguntas siempre son parecidas. Podría dar las mismas respuestas. Pero creo que tengo que cambiarlas porque con cada entrevista algo se ha modificado en mi interior o en el mundo. Una respuesta que estaba bien la primera vez puede no estar bien otra vez. Esto podría ser la base de un libro. Me dan una lista de preguntas, siempre las mismas; cada capítulo contendría las respuestas que yo daría en momentos diferentes. Los cambios contendrían las respuestas que yo daría en diferentes momentos. Los cambios entonces se convertirían en el itinerario, en la historia que vive el protagonista. Tal vez de ese modo podría descubrir algunas verdades acerca de mí mismo.

Pero debo irme a casa... se acerca la hora en que llegarán los entrevistadores.

¡Que Dios me ayude!

I. C.

¿De qué naturaleza son sus sueños? ¿Está más interesado en Jung que en Freud?

–Una vez, después de leer *La interpretación de los sueños*, de Freud, me fui a la cama. Soñé. A la mañana siguiente, recordaba perfectamente mi sueño, de modo que pude aplicar el método de Freud a ese sueño, y explicarlo hasta los últimos detalles. En ese momento, creí que estaba por empezar para mí una nueva era; a partir de ese momento mis sueños ya no tendrían ningún secreto para mí. Pero no ocurrió así. Esa fue la única vez en que Freud iluminó la oscuridad de mi subconsciente. Desde entonces he seguido soñando como lo hacía antes. Pero olvido los sueños, o cuando soy capaz de recordarlos, no comprendo absolutamente nada de ellos. Explicar la naturaleza de mis sueños no sería satisfactorio para un analista freudiano ni para un jungiano. Leo a Freud porque me parece un excelente escritor... un escritor del género policial que puede ser seguido con gran pasión. También leo a Jung, que está interesado en cosas de gran interés también para un escritor, cosas como los símbolos y mitos. Jung no es tan buen escritor como Freud. Pero de todos modos, estoy interesado en los dos.

¿Cómo entró en el mundo literario de Turín, en el grupo que se concentraba alrededor de la editorial de Giulio Einaudi, y de autores como Cesare Pavese y Natalia Ginzburg? Usted era muy joven entonces.

–Fui a Turín casi por casualidad. En realidad, mi vida empezó después de la guerra. Antes, vivía en San Remo, que es un sitio muy alejado de los círculos culturales y literarios. Cuando decidí mudarme, vacilaba entre Turín y Milán; los dos escritores –ambos una década mayores que yo– que leyeron primero mis cosas fueron Pavese, que vivía en Turín, y Elio Vittorini, que vivía en Milán. Durante mucho tiempo no podía decidirme entre las dos ciudades. Tal vez si hubiera elegido Milán, que es una ciudad más viva y activa, las cosas hubieran sido diferentes. Turín es un lugar más serio, más austero. Mi elección de Turín fue, en cierto grado, de naturaleza ética: me identificaba con su tradición cultural y política. Turín había sido la ciudad de los intelectuales antifascistas, y eso seducía esa parte de mí fascinada por una suerte de severidad protestante. Es la ciudad más protestante de Italia, una Boston italiana. Tal vez a causa de mi apellido (Calvino), y tal vez porque procedo de una familia muy austera, estaba predestinado a hacer elecciones moralistas. Cuando tenía seis años, en San Remo, la primera escuela elemental a la que asistí era una institución protestante privada. Los maestros me atiborraron con las Escrituras. Así que tengo una especie de conflicto interno: siento una suerte de oposición hacia la Italia más suelta y laxa, lo que me ha llevado a identificarme con esos pensadores italianos que creen que las desgracias del país se originan en el rechazo de la reforma protestante. Por otro lado, no tengo alma de puritano. Mi apellido es Calvino, pero mi nombre, después de todo, es Italo.

¿Cree que los jóvenes actuales tienen características diferentes de las de los jóvenes de su época? A medida que envejece, ¿cree que tiende más a sentir disgusto por lo que hacen los jóvenes?

–De tanto en tanto me enfurezco con los jóvenes; pienso en largos sermones que después nunca pronuncio, en primer lugar porque no me gusta predicar, y en segundo lugar porque nadie me escucharía. Entonces lo único que me queda es seguir reflexionando sobre las dificultades de comunicarse con la gente joven. Algo ocurrió entre mi generación y la de ellos. Se ha interrumpido cierta continuidad de la experiencia, tal vez carecemos de puntos de referencia comunes. Pero si pienso retrospectivamente en mi juventud, la verdad del asunto es que yo no le prestaba ninguna atención a las críticas, ni tampoco a los reproches o a las sugerencias. Así que hoy no tengo autoridad para hablar.

¿Cuáles fueron los escritores a los que leyó con mayor placer y los que le causaron la mayor impresión?

–De tanto en tanto, cuando releo libros de mi adolescencia y de mi primera juventud, me sorprende redescubrir una parte de mí que aparentemente he olvidado, a pesar de que ha seguido actuando en mi interior. Hace un tiempo, por ejemplo, releí *San Julián el Hospitalario*, y recordé hasta qué punto ese libro –con su visión del mundo de los animales como si fuera un tapiz gótico– influyó en mi primera ficción. Ciertos escritores a los que leí de muchacho, como Stevenson, han seguido siendo para mí modelos de estilo, de levedad, de ímpetu y de energía narrativa. Los autores de mis lecturas infantiles, como Kipling y Stevenson, siguen siendo mis modelos. Junto a ellos situaría al Stendhal de *La cartuja de Parma*.

¿Los novelistas son mentirosos? Y si no lo son, ¿qué clase de verdad cuentan?

–Los novelistas cuentan esa verdad escondida por debajo de cada mentira. Para un psicoanalista no es importante que uno diga la verdad o una mentira, porque las mentiras son tan interesantes, elocuentes y reveladoras como cualquier supuesta verdad. Sospecho de los escritores que alegan decir toda la verdad sobre ellos mismos, sobre la vida o sobre el mundo. Prefiero quedarme con las verdades que encuentro en los escritores que se presentan a sí mismos como mentirosos sin freno. Mi propósito cuando escribí *Si una noche de invierno un viajero*, una novela absolutamente basada en la fantasía, era encontrar de esa manera una verdad que no hubiera podido descubrir de otro modo.

En una oportunidad usted dijo que le gustaría haber escrito un relato de Henry James. ¿Hay alguna otra obra que le gustaría reclamar como propia?

–Sí, en una oportunidad mencioné *La alegre esquina*. ¿Y qué diría ahora? Daré una respuesta diferente. Me gustaría haber escrito *Peter Schlemil*, de Adalbert von Chamisso.

¿Fue influido por Joyce o por alguno de los modernistas?

–Mi autor es Kafka, y mi novela favorita es *América*.

¿Cree que Europa está avasallada por la cultura inglesa y norteamericana?

–No. No comparto las reacciones chauvinistas. El conocimiento de las culturas extranjeras es un elemento vital de cualquier cultura: no creo que nunca tengamos bastante de eso. Una cultura debe abrirse a las influencias externas si quiere conservar vivo su propio poder creativo. En Italia, el componente cultural más importante ha sido siempre la literatura francesa. También la literatura norteamericana me dejó, sin duda, una marca de por vida. Poe fue uno de mis primeros intereses; él me enseñó lo que era una novela. Más tarde, descubrí que Hawthorne era a veces más grandes que Poe. A veces, no siempre. Melville. Una novela perfecta, *Benito Cereno*, era todavía más valiosa que *Moby Dick*. Después de todo, hice mi primer aprendizaje a la sombra de Cesare Pavese, el primer italiano que tradujo a Melville. Además, entre mis primeros modelos literarios se contaron algunos escritores norteamericanos menores de fines del siglo XIX, como Stephen Crane y Ambrose Bierce. Los años de mi desarrollo literario, a principios de la década de 1940, estaban dominados especialmente por Hemingway, Faulkner y Fitzgerald. En esa época, aquí en Italia experimentábamos una suerte de infatuación por la literatura norteamericana. Hasta autores menores como Saroyan, Caldwell y Cain eran considerados modelos de estilo. Después vino Nabokov, de quien he sido y todavía soy, un gran admirador. Debo admitir que mi interés por la literatura norteamericana está impulsado por el deseo de seguir lo que ocurre en una sociedad que, de alguna manera, anticipa lo que ocurrirá en Europa pocos años más tarde. En este sentido, escritores como Saul Bellow, Mary McCarthy, Gore Vidal, son importantes a causa de su contacto con la sociedad, que se expresa en la producción de ensayos de calidad.Al mismo tiempo siempre estoy buscando nuevas voces literarias... como en el caso del descubrimiento de las novelas de John Updike a mediados de la década del 50.

Durante los primeros y cruciales años de la posguerra, usted vivió casi continuamente en Italia. Y sin embargo, con la excepción de su novela breve *El observador*, sus historias reflejan muy poco de la situación política del país en ese momento, aunque personalmente usted estaba muy involucrado en política.

–Esa novela debía formar parte de una trilogía, nunca terminada, titulada *Una crónica de la década de 1950*. Mis años formativos coincidieron con la Segunda Guerra Mundial; en los años que siguieron traté de captar el significado de los terribles traumas que había vivido, especialmente durante la ocupación alemana. Así que la política tuvo gran importancia durante la primera fase de mi vida adulta. En realidad, me uní al Partido Comunista, aunque en Italia el partido era muy diferente de los partidos comunistas de otros países. Todavía me sentía obligado a aceptar muchas cosas que estaban muy alejadas de mi manera de pensar y de sentir. Más tarde, empecé a sentir cada vez con más intensidad que la idea de construir una verdadera democracia en Italia empleando el modelo –o el mito– de Rusia; me resultaba difícil de aceptar. La contradicción cobró tal magnitud que me sentí totalmente distanciado del mundo comunista y, finalmente, de la política. Eso fue afortunado. La idea de poner a la literatura en segundo lugar, después de la política, es un enorme error, porque la política casi nunca logra concretar sus ideales. La literatura, por otra parte, puede lograr algo en su propio campo y además, a la larga, puede ejercer también algún efecto práctico. Ahora he llegado a creer que las cosas importantes sólo se logran por medio de procesos muy lentos. ∎

Se reproduce por gentileza de Editorial El Ateneo. Este fragmento pertenece al volumen Narradores 2 *de la colección* Confesiones de escritores. Los reportajes de The Paris Review.

VERANO12/ JUEGOS

GRILLAS DE MENTE

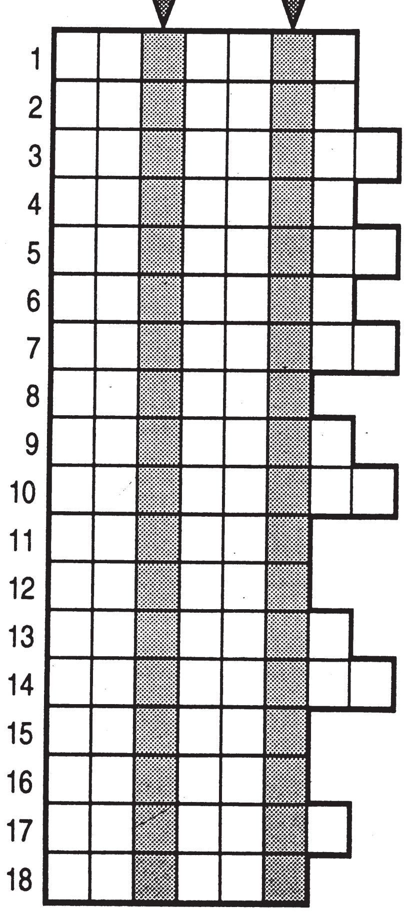
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del autor que encabeza la página.

DEFINICIONES

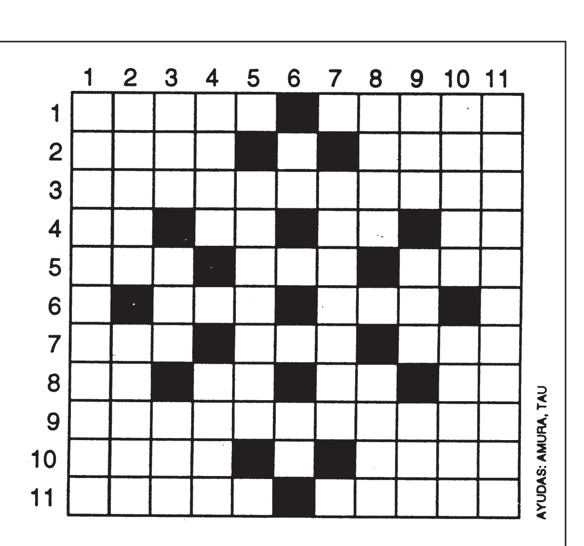
1. Acción y efecto de llamar.
2. Echar nuevos vástagos la planta.
3. Dios griego del vino.
4. Ambición.
5. Fritura rebozada en huevo y pan rallado.
6. Doctrina del ateo.
7. En matemática, el número que contiene a otro varias veces exactamente.
8. Derribar, hacer caer.
9. (Carole) Actriz francesa.
10. Chispa de fuego.
11. Sustancia dura y compacta de los árboles.
12. Muchedumbre desordenada.
13. Región de España.
14. Roca formada por sílice.
15. Sitio donde el actor representa su papel.
16. Cuerpo de milicias.
17. Río de Bolivia.
18. Dios supremo en la India antigua.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

a, a, a, bar, Ber, Bou, Brah, ca, cen, cia, cia, co, cro, de, di, Dio, do, Ga, gión, ís, jo, le, li, lla, lla, ma, ma, ma, me, mo, múl, ñar, ni, nis, pel, plo, que, quet, ra, re, re, sio, ta, te, te, te, ti, to, tro, tro, tum.



CRUCIGRAMA



HORIZONTALES

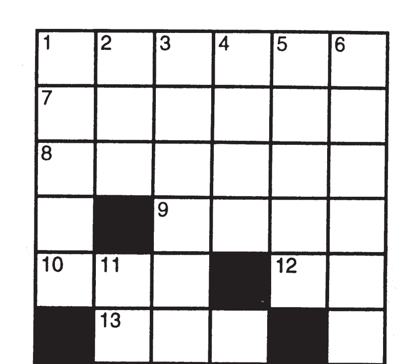
1. Farol grande./ Detener un movimiento.
2. El que preside la oración entre los musulmanes./ (Marqués de) Escritor francés.
3. Claridad.
4. Sufijo: empleo./ Sudoeste./ Erbio./ Forma de pronombre.
5. Apócope de santo./ Gato rival de Jerry./ Yunque de plateros.
6. Poema lírico./ Distraído.
7. Anglicismo por admirador./ Tazón sin asas./ Letra griega.
8. Ilinio./ Desinencia de alcoholes./ Sexta nota musical./ Símbolo del cerio.
9. Separación.
10. Planta gramínea./ Prueba, evaluación.
11. Adornar./ Rosado.

VERTICALES

1. Falsa filosofía.
2. Cabo de las velas de cruz./ Combinar metales.
3. Serie televisiva basada en la guerra de Vietnam./ Impar./ Ginebra inglesa.
4. Planta aromática./ Vasija de barro.
5. Importante, admirable.
6. Negación./ Antiguo juego de mesa chino.
7. Germen.
8. Agarrar./ Acción.
9. Símbolo del radián./ Dios egipcio./ Vocal en plural.
10. Dala, canal de desagüe./ Persiga.
11. Segundo descuento.

ANAGRAMA O SINONIMO

Algunas palabras están definidas con un sinónimo y otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).



HORIZONTALES

1. Lesión.
7. Salero.
8. Galera.
9. Maná.
10. Ara.
12. Os.
13. Ram.

VERTICALES

1. Molde.
2. Lee.
3. Agarre.
4. Rían.
5. Salad.
6. Asomas.
11. Ma.

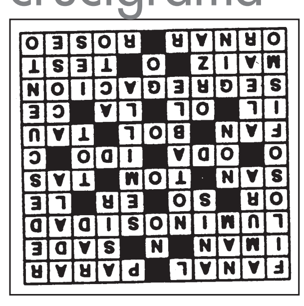
SOLUCIONES

grillas de mente

1. LLAMADO./ 2. RETOÑAR./ 3. DIONISIO./ 4. CODICIA./ 5. CROQUETA./ 6. ATEISMO./ 7. MULTIPLO./ 8. TUMBAR./ 9. BOUQUET./ 10. CENTELLA./ 11. MADERA./ 12. TROPEL./ 13. GALICIA./ 14. ARENISCA./ 15. TEATRO./ 16. LEGION./ 17. BERMEJO./ 18. BRAHMA.

"A todo el mundo le agrada siempre la lisonja."
Abraham Lincoln

crucigrama



anagrama o sinónimo

